

CAPÍTULO 1



Las nubes, pequeñas y débiles, se precipitaban por el cielo inmenso y sereno —sin pastor, fútiles, imponderables— y se fragmentaban en pedazos al chocar contra los colmillos de las montañas, terminando así sus efímeras aventuras sin más rastro de su fugitiva existencia que algunas pocas lágrimas.

Hacía frío en el Callow, una zona donde un bosquecillo de abedules y alerces plateados coronaba una suave colina. En la bruma púrpura se insinuaban los brotes de las copas de los árboles, y un tenue tono malva envolvía el paisaje entre los troncos plateados y marrones.

Solo estaba presente la crudeza de la juventud y no su triunfo: solo la punta aguda del cáliz, el extremo del brote afilado como una lanza en lugar de la patena de la hoja, el cáliz de la flor.

Porque la primavera todavía no tenía vuelo ni canción y avanzaba como un polluelo, como un pájaro inmaduro que saltara indeciso a través de la maleza. El brillante azogue de la primavera que alfombraba los espacios abiertos acababa de colgar sus pálidas flores, y las hojas de la madreselva eran todavía lenguas de fuego verde. De entre los troncos de los alerces y por debajo de los matorrales de madreselvas y zarzamoras, surgió una silueta silenciosa y dorada, portadora de la serena dignidad de las criaturas del bosque: un ser de ojos y miembros tan bellos y de un tono brillante que pocas mujeres habrían podido lucir sin sentirse cohibidas. Criatura ágil y de

ojos claros, se detuvo un momento a plena luz del sol: era una zorra de un año con la cabeza redonda y las patas de terciopelo. Luego se deslizó entre las sombras. Procedente del bosque se oyó un silbido estridente y la zorra saltó hacia esa dirección.

—¿Dónde te habías metido? Seguro que te has perdido —exclamó en el dialecto del lugar una voz aniñada, regañona y maternal—. Y si tú te pierdes, yo también me pierdo; así que ven a casa. El sol se está poniendo ¡y hay huesos para cenar!

Tras esas palabras, la joven echó a correr y la zorrita corrió tras ella por el Callow bajo la fría luz hasta que ambas llegaron a la cabaña de los Woodus.

Hazel Woodus, la dueña de la zorra, había vivido siempre en el Callow. En ese lugar, su madre, una gitana galesa, la había parido en amarga rebeldía, pues odiaba el matrimonio, la vida sedentaria y a Abel Woodus, de la misma manera que un gato salvaje odia la jaula. Era una mujer vagabunda, nacida para la alegría y la pena del artista, y su espíritu no encontraba alivio para sus emociones, pues era mudo. Al pardillo su vuelo, al zorzal su canto; pero ella no tenía vuelo ni canción. Un zorzal sin lengua sigue siendo un zorzal y alberga música dorada en el corazón. El pardillo enjaulado puede estar abatido, pero su alma conoce el vuelo ascendiente y descendiente de una eterna mañana de mayo.

Todas las cosas que sentía y no podía decir, toda la miel almacenada, el odio feroz, el anhelo nostálgico por la naturaleza sin vallar... Todo lo que otras mujeres habrían puesto en sus oraciones, ella se lo entregó a Hazel. Toda la fuerza de su corazón incontrolable fluyó hacia el de su hija, que latía suavemente. Fue como si arrojara con pasión en los brazos de la niña una vida que no apreciaba.

Murió cuando Hazel tenía catorce años y legó a su hija su tesoro: un manuscrito viejo y sucio, ilegible en parte, con sortilegios, encantamientos y otros saberes propios de los gitanos.

Su única petición fue que la enterraran en el Callow bajo las agujas amarillas de los alerces y no en un cementerio. Abel Woodus

satisfizo su deseo y los vecinos lo miraron con recelo por no enterrarla en el camposanto, pero a él le dio lo mismo. Tenía su arpa y, mientras contara con ella, no necesitaba a ningún otro amigo. Precisamente, su dedicación a la música había impedido que comprendiera a su mujer, que en los primeros tiempos de su matrimonio había estado muy celosa de la alta arpa dorada que, cubierta de fieltro descolorido, se erguía en un rincón de la casita. Más tarde, los celos de la mujer se transformaron en amor y su único deseo fue arrancar algo de música a las quejumbrosas cuerdas. Nunca fue capaz de dominar ni siquiera los rudimentos de la música, pero en las tardes lluviosas, cuando Abel no estaba, se sentaba y pasaba las finas manos sobre las cuerdas con una pasión desesperada de amor afligido. Sin embargo, no soportaba oír cómo tocaba Abel. Al igual que algunas mujeres sin hijos que, con reservas de amor acumulado, no toleran la visión de una madre con su criatura, Maray Woodus, con su genio sellado, con su incapacidad para expresarse, no soportaba ver cómo otra persona lo hacía con facilidad. Porque Abel era, a su manera, un maestro de su arte; había lugares oscuros en su alma, y ese es el núcleo mismo del arte y su sustancia. Poseía las manos ágiles y el alegre ensimismamiento que traen el éxito.

Había conocido a Maray en un Eisteddfod¹ que se celebró en una colina llamada la Pequeña Montaña de Dios, coronada por una capilla y situada a ocho kilómetros del Callow. Maray escuchó, meciéndose entre lágrimas, el sonido y el lamento del arpa, y cuando Abel ganó el premio como arpista y se lo puso en el regazo, consintió en casarse con él en la capilla al final de la semana de festejos. Eso había sucedido diecinueve años atrás y Maray se había ido ya, igual que las hojas y los pájaros de veranos anteriores; pero la Pequeña Montaña de Dios todavía se alzaba oscura al este; el viento seguía soplando desde la capilla hasta los jóvenes alerces del Callow; nada

¹ *Eisteddfod* es un término galés para un festival cultural popular, especialmente de música y poesía. (*N. de la T., como todas las demás*).

en absoluto había cambiado: solo había aparecido en escena una joven criatura, ansiosa e inquieta. Hazel tenía los ojos de su madre, extraños ojos acuosos de color ámbar con grandes iris claros con motas leonadas. Tímidos y francos, se parecían a los de la zorrilla. Su cabello, de un color más intenso que el de su padre, tenía también un tono similar al del animal, y sus maneras eran gráciles y furtivas como las de una criatura salvaje.

Hazel se detuvo para contemplar la puesta de sol desde el sendero situado por encima de la casita que se acurrucaba más abajo y cuyo tejado se extendía a la altura de las raíces del seto. La roja luz del oeste le teñía el vestido viejo y roto, el rostro delgado y los ojos, hasta tal punto que parecía estar bañada en sangre. La zorra, con expresión ansiosa y concentrada en la cena, seguía la mirada de su ama, impregnada de la misma belleza feroz. Ambas se alzaban frente a los estanques de color carmesí de las montañas lejanas, dos pequeños objetos sensibles enfrentados al destino con patético coraje; tenían, en el frío atardecer de la colina solitaria, el aspecto de los predestinados al sufrimiento y casi se diría que las envolvía un aire de martirio.

Las nubecillas que se dirigían hacia el oeste fueron tomando el color dominante, una por una, y terminaron por desvanecerse, bañadas en sangre.

Mientras Hazel bajaba por el sendero, se oyó procedente de la cabaña el débil zumbido del arpa, y cuando llegó a la puerta empezó a sonar la melodía de *The Ash Grove*.² La casita tenía una sola planta y el techo, a escasa altura, era de chapa ondulada de color rojo. En los tres ventanucos de color azul desvaído colgaban cortinas de algodón escarlata. La casita parecía incluso demasiado pequeña para la menuda Hazel: era poco más grande que una buena pocilga, y solo el rastro del humo procedente de su escuálida chimenea indicaba que allí vivían seres humanos.

² Canción popular galesa (traducible como «La fresneda»).

Hazel dio de cenar a Foxy y la acostó en la vieja tina de lavar donde dormía. Luego entró en la cabaña con una brazada de troncos del montón de leña y los arrojó al fuego.

—Tengo frío —dijo—. Ya no llueve y esta noche helará.

Abel levantó la vista distraídamente, tarareando la melodía que pensaba tocar a continuación.

—He ido al Callow y he encontrado una prímula —continuó Hazel, acostumbrada a los modales de su padre y sin desanimarse—. Y he cogido unas ramas de endrino, blanco como una dama.

En aquel momento, Abel estaba tocando *Ap Jenkyn*.

Hazel iba de un lado a otro, ocupándose de la cena, pues tenía tanta hambre como Foxy; sin dejar de hablar con su voz dulce y algo chillona, depositó las tazas cuarteadas, el pan y la margarina sobre la mesa desnuda. La tetera no hervía, así que echó un poco de grasa de tocino a las llamas y brotó una gran lengua de fuego que lamió la barba de Abel. Este se llevó una mano a la barba sin dejar de tocar con la otra.

Hazel se rio.

—Eres muy gracioso —dijo.

Siempre le hablaba en tono de camaradería; se llevaban muy bien, ya que eran completamente indiferentes el uno al otro. No había en ella nada filial ni nada paternal en él. Tampoco mostraban el menor afecto mutuo.

Abel atacó *Es un buen día de caza*.

—¡Oh! ¡No toques esa canción, es horrible! —exclamó Hazel con súbita irritación—. ¡Si tocas esa, me largo!

—¿Mm? —preguntó Abel absorto.

—¡Toca otra! —protestó Hazel— esa no; no me gusta.

—Eres una chica rara, Hazel —dijo Abel, saliendo de su ensimismamiento—. Pero no me importa tocar *¿Qué hace la gente?* en su lugar, también me gusta.

—¿No puedes dejar de enredar con la música y venir a cenar? —preguntó Hazel. El arpa siempre se llamaba «la música», de la misma manera que la armónica era siempre «la musiquilla».

Hazel estiró el brazo para coger la pieza de tocino y cortar un trozo, y su vestido, ya roto, se desgarró del hombro a la cintura.

—Si no lo coses, antes de que termine la semana estarás como tu madre te trajo al mundo —declaró Abel con indiferencia.

—Necesito uno nuevo —contestó Hazel—, no tiene arreglo. Mañana iré a la ciudad.

—¿Pasarás la noche con tu tía?

—Sí.

—Entonces no buscaré tu cara hasta que vea tu sombra. Trae dos o tres armazones para hacer coronas. El viejo Samson del Yeath no durará mucho; querrán que les haga una.

Hazel se sentó y pensó en el vestido. Nunca tenía uno nuevo hasta que el viejo se le caía a trozos; entonces le compraban otro usado. Uno o dos chelines solo alcanzaban para la tela, pero podía comprar uno ya hecho si era de segunda mano.

—A Foxy le gustaría que me comprara uno de terciopelo verde —declaró Hazel.

Tenía la costumbre de expresar de ese modo sus deseos más fervientes, que eran pocos. Era una forma de protesta inconsciente ante una vida sin afecto. Puso las ramas de endrino en agua y contempló su blancura con deleite; pero no pensó que ella misma podría, con un poco de esfuerzo, tener una apariencia tan dulce y fresca como esa flor. Sería necesaria la espiritualización del sexo antes de que se le ocurrieran cosas semejantes. En aquel momento, tenía la misma conciencia del sexo que una hoja. Se quedaron junto al fuego hasta que se extinguió; luego se fueron a dormir sin molestarse en desearse las buenas noches.

En mitad de la noche, Foxy se despertó. La luna cerraba la entrada de su casita como si fuera una puerta y la luz brillaba en sus ojos. Se asustó: una linterna tan grande en una mano invisible, delante del hogar de una criaturita indefensa. Ladró bruscamente. Hazel se despertó al instante, como una madre ante el llanto de su hijo. Salió corriendo descalza a la feroz luz de la luna.

—¿Qué te pasa? —susurró—. ¿Qué te pasa, bichillo?

El viento acechaba el Callow y este gemía. Llegó también un gemido procedente de la llanura y unas siluetas negras se movieron mientras las nubes avanzaban.

—Quizás han salido —murmuró Hazel—. A lo mejor vienen esta noche y Foxy ha olido a la jauría de la muerte. —Miró nerviosa a su alrededor—. Veo algo negro que avanza sobre los pastos a lo lejos, seguro que han salido.

Metió a toda prisa a Foxy en la cabaña y echó el cerrojo a la puerta.

—¡Ya está! —dijo Hazel—. Ahora túmbate tranquila en el rincón y no te atrapará la jauría de la muerte.

Según se contaba, la jauría de la muerte, compuesta por los sabuesos fantasmales de un mal caballero cuyo cuerpo hacía tiempo que tenía mejores usos que cualquiera de los que le había dado en vida —transformado en margaritas de ojos claros y ardientes pimpinelas—, recorría la región durante las oscuras noches de tormenta. Llevaba el mal a la casa junto a la que pasaba y la muerte a quienes la oían.

Esta era la leyenda y Hazel la creía implícitamente. Cuando encontró a Foxy medio muerta ante su madriguera vacía, estuvo segura de que la jauría de la muerte se había llevado a la madre del animal. La relacionaba también con la muerte de su propia madre. Los sabuesos simbolizaban todo lo que odiaba, todo lo que no era joven, salvaje y feliz. Se identificaba con Foxy y con todas las criaturas acosadas, atrapadas, destruidas.

La noche, la sombra, los fuertes vientos, el invierno: todo eso era hostil; con todo ello llegaba la jauría de la muerte, sigilosa e incansable, siguiendo siempre el rastro de los indefensos. La luz del sol, la suave brisa, los colores brillantes, la amabilidad: estos eran refugios benéficos a los que huir. Tal era la esencia de su credo, el único credo que tenía; este residía en su corazón y ni siquiera se lo confesaba a sí misma. Pero cuando salió corriendo a la noche para

consolar a la zorrilla, estaba haciendo honor a su fe como pocos lo hacen; cuando recogía flores y se tumbaba al sol, moraba en una mística atmósfera tan vívida como la de los santos; cuando retrocedía ante la crueldad, Hazel pisoteaba el mal, quizás con más seguridad que aquellos grandes seres divinos que se destruían unos a otros en su celo por su Hacedor.